

sin la libertad de los juicios, sin la energía de las contradicciones, sin el choque de los ideales... Ahora, es decir, palenque de pensamientos, café, café hispánico, es recinto de las murmuraciones.

Todo se discute allí entre sorbo y sorbo de la pócima, y para cada fama hay un tizón y para cada gloria un menoscabo... El concurrente a esos antros pierde en ello lo mejor de su energía. Se halla seguro de haber cumplido con un deber. Pero no ha cumplido ninguno, sino que ha aniquilado su virtualidad ciudadana.

Un gran español, que se nos escapa del amor admirativo, D. Benito Pérez Galdós, ciego, anciano y pobre, había analizado en una de sus novelas *El café* como manera social de las esterilidades. «Costumbre turca»—dijo él. De tal modo ha arraigado en nuestras costumbres ese lugar de los hueros comentarios, que no parece sino que nosotros llevábamos dentro desde tiempo inmemorial la noción del club abierto a todos los holgazanes, sin que nos fuera necesario imitarlo de nadie.

Digámoslo serenamente: somos el pueblo del Mentidero.

En otras eras los coloquios, destructores de la fama, se sostenían delante de una iglesia. Luego se diseminaron por la villa y corte, hospedándose en las botillerías y en las tabernas. No había expresión parlamentaria nacional, porque aquellos ensayos del Estamento no significaron jamás la voluntad del pueblo. Las sociedades secretas, multiformes, terroríficas en su designación, infantiles en la realidad, ape-